La Novela Policíaca

Suplemento número 5

a

LA NOVELA CÓMICA

LUIS LINARES BECERRA

20 CÉNTIMOS

El guante rojo

DRAMA EN CUATRO ACTOS

LA NOVELA CÓMICA

SAINETES PUBLICADOS

De Carlos Arniches

El amigo Melquiades (dos actos).—Serafín el Pinturero (dos actos) (1).—Los granujas (un acto) (2).—El santo de la Isidra (un acto).—El tío de Alcalá (un acto).

De D. Ricardo de la Vega

La verbena de la Paloma y el boticario y las chulapas o celos mal reprimidos (un acto).—El señor Luis el Tumbón o despacho de huevos frescos (un acto).

EL GUANTE ROJO

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES	PERSONAJES	ACTORES
Margarita de Kinstenders.	Sra. *Nicuesa.*	Patrik..................	Sr. *Aznar.*
Anita..................	» *Murillo.*	Mr. Goldstier...........	» *Lloréns.*
Alicia.................	Srta. *Palma.*	Mr. Stimersson.........	» *Aragonés*
Mr. Stewesson..........	Sr. *Rambal.*	Antonio................	» *Terán.*
Alberto de Kinstenders..	» *Belda.*	Jorge..................	» *Gómez.*
Silvestre Kelowich......	» *Montesinos*	Alejo..................	» *Puello.*
Mr. Wenker, juez de instrucción	» *Calvo.*	Boris..................	» *Jareño.*
Packer.................	» *Crespi.*	Oloff..................	» *Chungoaga.*
Pablo Petronoff.........	» *Estevarena.*	Siloff.................	» *Benavides.*
Tommy..................	» *Cobeña.*	Criado.................	» *Puig.*

TITULOS DE LOS ACTOS

1.° La muerte misteriosa.—2.° El atentado de la hipnotizada.—3.° La taberna siniestra.—4.° El subterráneo trágico.

De Jacinto Benavente

La sobresalienta (un acto).

De Javier de Burgos

El mundo comedia es o el baile de Luis Alonso (un acto) (3).—Las mujeres (un acto) (3).

(1) En colaboración con J. G. Renovales.
(2) En colaboración con J. Jackson Veyan.
(3) Estudio crítico por Antonio Zozaya.

De Antonio Casero

La familia de la Sole (un acto).—El porvenir del niño (un acto).—Las mocitas del barrio (un acto) (1).

De D. Ramón de la Cruz

La pradera de San Isidro (un acto) (2).—Las castañeras picadas (un acto) (2).

(1) En colaboración con A. Larrubiera.
(2) Estudio crítico por Pedro de Répide.

AÑO III — Madrid, 14 de mayo de 1918 — Núm. 92

LUIS LINARES BECERRA

EL GUANTE ROJO

DRAMA EN CUATRO ACTOS, ORIGINAL, ESTRENADO EN EL TEATRO DE PRICE, DE MADRID, LA NOCHE DEL 11 DE OCTUBRE DE 1917

ACTO PRIMERO

Salón en casa de Alberto de Kinstenders. Al foro derecha, alcoba lujosísima, cubierta de ricos cortinajes de terciopelo obscuro. Puerta a la izquierda. En el primer término del lateral izquierda, balcón practicable. En el testero de la derecha hay un enorme cuadro de tamaño natural que figura ser el retrato de un viejo Cardenal. Este personaje tiene quitado el guante de la mano derecha, conservándolo cogido en la misma mano. Al levantarse el telón los cortinajes de la alcoba aparecen descorridos. Sobre el lecho, tendida, con el pelo suelto, y vestida de blanco, hay una mujer. Debe estar colocada de manera que sólo se vea su cabeza y el cabello que le pende hasta el suelo. En la puerta un *policeman*. En la escena, míster Wenker, Juez de instrucción; míster Brown, Secretario; Anita y Alicia, doncellas de la casa; Antonio, ayuda de cámara, y Jorge, portero del edificio.

ESCENA PRIMERA

WEN.—(Después de una pausa, al *policeman* que guarda la puerta.) Que nadie entre aquí. (Después de otra pausa, dirigiéndose a Antonio.) ¿Usted es el ayuda de cámara del señor Duque de Kinstenders?

ANTO.—Sí, señor. Antonio Hamilton, para servir al señor Juez.

WEN.—¿No ha vuelto usted a entrar aquí desde que se marcharon sus amos?

ANTO.—Desde el día antes, que marché a mi pueblo, con licencia del señor Duque, he regresado esta mañana, porque me han avisado que regresaban los señores esta noche.

WEN.—¿Dice usted que los Duques de Kinstenders llevan dos meses ausentes de Londres, no es así?

ANTO.—Dos meses, sí, señor. ¡Pobre señorita! ¡Qué espanto el suyo cuando se entere esta noche!

WEN.—¿Y durante ese tiempo nadie ha entrado en esta habitación?

JOR.—Nadie, señor Juez; sólo Alicia y Anita a limpiar y a abrir las ventanas. Ayer mismo entramos los tres y recorrimos toda la casa, sin encontrar novedad.

WEN.—¿Cómo se explica usted el hallazgo de ese cadáver en el dormitorio del señor Duque?

JOR.—No lo sé, señor Juez; pero le juro que por las puertas del piso no ha entrado nadie... las llaves no se han separado ni un solo instante de mí...

WEN.—Será preciso creer en los milagros o en los muertos que se filtran por las paredes, como en las comedias de magia...

ANI.—¡Qué horror!

ALI.—¡Aquí no ha entrado nadie! ¡No ha entrado nadie!... El señor Jorge Petersson no ha soltado un momento las llaves. Esto es cosa de hechizo o de brujería...

WEN.—Perfectamente. Nadie ha entrado aquí, y, sin embargo, al abrir el piso esta mañana, los criados de los Duques de Kinstenders se encuentran el cadáver de una bella mujer en el lecho del señor Duque; sobre el cadáver, ni la menor huella de violencia. Sólo el sueño tranquilo y reposado de esta bella mujer desconocida que duerme en el infinito sosiego de la muerte... ¿Cómo entró esta mujer en esta casa? ¿Cómo vino a morir sobre la propia cama del señor Duque de Kinstender? Misterio incomprensible que es menester aclarar y que, Dios mediante, aclararemos. (Se dirige al teléfono, colocado sobre la mesa, y llama.) S-22-176. ¿Es usted, amigo Stewesson? Aquí, Wenker, Juez del quinto distrito. Un crimen, sí. Un crimen misterioso, incomprensible... Sobre el lecho del señor Duque de Kinstenders, ausente de Londres desde hace más de dos meses, han encontrado los criados, al entrar esta mañana para hacer la limpieza, el cadáver de una mujer jóven y bellísima. No, los criados no duermen en el piso, ni el portero, señor Petersson, ha abandonado un solo instante las llaves de la habitación. Esta mujer no ha podido entrar por la puerta del piso... ¡Ah, sí! Digno de usted... Le espero. Hallará la calle llena de curiosos. He establecido un cordón de *policemans* alrededor del edificio. Bien, bien... Aquí estoy... (Cuelga el aparato.) ¿Conocía alguno de ustedes a la muerta?...

ANI.—Yo no.

ALI.—Jamás la hemos visto.

ANTO.—El señor Duque no recibía visitas.

WEN.—¿Y su sobrina la señorita Margarita de Kinstenders?

ALI.—Tampoco.

ANTO.—Los señores Duques no tienen amistades en Londres.

JOR.—El señor Duque es algo raro... Por ejemplo: jamás entra en una habitación cuyas ventanas estén abiertas.

(Entra míster Packer, Inspector de la Policía oficial.)

WEN.—(A Packer.) ¿Nada nuevo?

PAC.—Nada. He registrado toda la casa, desde los sótanos a las buhardillas, sin hallar nada sospechoso... (A Jorge, el portero.) ¿Quién habita en la villa número 2?

JOR.—Un estudiante de Medicina ruso. Se doctoró la semana pasada y se marchó a su tierra. Todavía no vinieron a recoger los muebles.

PAC.—¿Y las llaves del piso?

JOR.—Se las dejó a un compatriota suyo. Una bala perdida; el señor Pablo Petronoff. Siempre anda borracho de whiskey.

PAC.—¿Y dónde vive?

JOR.—¡Quién lo sabe!... En la City puede que den razón de su guarida, si es que la tiene... A lo mejor come en las tabernas y duerme bajo los puentes del Támesis.

WEN.—Hay que buscarle inmediatamente.

PAC.—Ahora mismo. (Va a salir en el momento que aparece en escena míster Stewesson, hombre joven y elegante. Usa traje de chaquet gris perla y monóculo.)

STE.—¡Buenas tardes!

WEN.—¡Mister Stewesson!

STE.—Imposible llegar antes. «Cambridge Street» está lleno de gente. He tenido que abrirme paso a fuerza de puños... Bien es verdad que las apreturas me han servido para enterarme detalladamente de este crimen verdaderamente inverosímil. ¡Una bella mujer muerta sobre el lecho del Duque Alberto de Kinstenders!... Con permiso de ustedes. (Se dirige hacia la alcoba; cerca de ella se vuelve y dice a míster Packer.) ¿Iba usted a salir, señor Inspector?

PAC.—Si usted no dispone lo contrario...

STE.—¿Ha registrado usted toda la casa?

PAC.—Sí, señor.

STE.—Incluso las buhardillas, ¿no es así?... (Packer asiente.) ¿Va usted a arrestar, pues, a Pablo Petronoff, el estudiante ruso que posee las llaves de la buhardilla número 2?

PAC.—Exactamente.

STE.—¡Encantado! En alguna taberna de la City, tal vez le den razón. (Le vuelve la espalda y se encara con el retrato del Cardenal, que ocupa casi todo el testero de la derecha.) ¡Hermoso retrato! (mutis Packer,.) Tiene toda la valentía de color de un Van-Dyk, de un Romney o de un Reynolds... Realmente maravilloso... Sobre todo, la expresión de los ojos es digna de un Juan de Médicis, el sutil Cardenal florentino.. ¿No se sabe a quién representa?

ANTO.—Dicen que es un ascendiente del señor Duque...

STE.—Muy bien. Pero este Cardenal no es un príncipe de la Iglesia romana, sino de la cismática griega, la religión oficial en Rusia... Vea usted sobre el pecho, señor Wenken, la cruz del Metropolitano...

WEN.—Efectivamente. (Se dirige a la alcoba y examina minuciosamente las paredes, el lecho, las sillas, para lo cual saca una lupa del bolsillo. Después se fija en el cadáver. ¡Hermosa mujer! (Examina detenidamente el cadáver.)

WEN.—No tiene señal ninguna de violencia.

STE.—Es que no ha muerto violentamente... (Se dirige hacia un almanaque que habrá sobre la mesilla de noche, y, después de mirarlo atentamente,

lanza un grito de júbilo.) ¡Oh!... (Saca del taco del almanaque una bolita pequeña de papel.)

WEN.—¿Qué es eso?

STE.—Muy poca cosa. Un rayo de luz en las tinieblas... Un papel arrollado a una capsulita de escopeta de aire comprimido.

WEN.—¡Esto es la muerte!

STE.—No; esto es únicamente un mensaje para el señor Duque. El señor Duque perdonará que le violemos la correspondencia. (Leyendo.) «Muere donde debe morir.»

WEN.—¿Por dónde ha entrado aquí esta bala?

STE.—Por el mismo sitio que esta mujer, seguramente. Esta mujer no ha sufrido ninguna herida. Esta mujer ha muerto envenenada...

ANI. y ALI.—¡Qué horror!

STE.—Probablemente el señor Duque de Kinstenders podrá darnos algunos detalles interesantes de esta misteriosa mujer.

WEN.—¿Cree usted que el señor Duque ha conocido a esta dama?

STE.—Estoy convencido de ello. (Entra un *policeman*.)

WEN.—¿Qué pasa, Richardsson?

POLIC.—Los señores Duques de Kinstenders acaban de llegar....

STE.—Perfectamente. Salgan ustedes a recibir a sus amos. (Anita, Alicia, Antonio y Jorge hacen mutis precipitadamente.) Usted, señor Juez, escúcheme un momento. Déjeme presenciar la entrada del señor Duque en esta estancia desde el rincón más escondido y sin que él advierta mi presencia. Ya me haré visible cuando lo estime necesario.

WEN.—¿Duda usted acaso?

STE.—De todos, mientras persigo la verdad.

WEN.—El señor Duque de Kinstenders lleva dos meses ausente de Londres.

STE.—¡Señor Juez! A pesar de su talento y de su experiencia, es usted algunas veces de una candidez verdaderamente infantil...

WEN.—¿Usted cree?....

STE,—Nada absolutamente. Los señores Duques de Kinstenders van a entrar ahora mismo... Una sola pregunta, míster Wenker: ¿habían anunciado los Duques su llegada para esta noche?

WEN.—Sí.

STE.—¿Ha ido alguien a esperarlos?

WEN.—Nadie.

STE.—Perfectamente.

WEN.—Aquí llegan los Duques.

(Stewesson retírase a uno de los rincones más obscuros y desde allí observa. Entran en escena Alberto de Kinstenders, hombre altivo, elegante y joven, y su sobrina Margarita, muchacha lindísima y extremadamente delicada. Entra sostenida por Alicia y Anita.)

ALB.—¿Qué pasa en mi casa, señores?

MARG.—¡Tengo mucho miedo, Alberto!

WEN.—¡Señor Duque!... ¡Señorita!... Siento que un imperioso deber me obligue a comunicarles ciertas noticias que forzosamente han de serles penosas.

(Antes de ocultarse, Stewesson ha corrido la cortina, ocultando, por lo tanto, la alcoba a los que están en escena.)

ALB.—Hable usted, señor...

WEN.—Guillermo Wenker, Juez del quinto distrito... (Alberto saluda en silencio.) Al entrar esta mañana en esta habitación la servidumbre del señor Duque, con objeto de tenerla dispuesta para esta noche, ha encontrado sobre el lecho del señor Duque de Kinstenders el cadáver de una mujer...

MARG.—¡Qué espanto!

ANI.—¡Valor, señorita! (El Duque permanece impasible.)

WEN.—El Portero, Jorge Petersson, no se ha separado un instante de las llaves del piso... Todas las noches, antes de acostarse, ha registrado minuciosamente todas las habitaciones. Anoche, como siempre, recorrió la casa entera sin hallar novedad... Y esta mañana ha sido encontrado ese cadáver en la propia alcoba del señor Duque... Sin que nadie pueda explicarse cuándo ni cómo, pudo llegar hasta allí.

ALB.—¿Eso es todo?

WEN.—Todo.

ALB.—Está bien. ¿Permanece aún el cadáver en esa habitación?

WEN.—Sí, señor.

(Alberto se dirige hacia la álcoba, descorre la cortina y se inclina sobre el cadáver. Recibe una impresión violentísima, que procura dominar, no sin que el público se dé cuenta de esta impresión. Margarita adelanta unos pasos, sostenida cariñosamente por sus doncellas; al ver el cadáver lanza un grito de espanto.)

MARG.—¡Qué horror!... ¡Vámonos, Alberto! ¡Vámonos!...

WEN.—¿Conocía el señor Duque a esa mujer?

ALB.—(Después de una pausa y con la voz un tanto conmovida.) Jamás la he visto.

STE.—(Saliendo de su escondite y adelantándose a Alberto.) ¿Está usted seguro, señor Duque?...

ALB.—(Indignado.) ¡Eh! ¿Quién se atreve?...

STE.—¡Perdón, señor Duque!...

WEN.—El Doctor Enrique Stewesson, el célebre detective gloria de la Policía de Londres...

STE.—¡Perdón, señor Duque, si mi cargo de Jefe superior de la investigación criminal me obliga a molestarle, en contra de todos mis deseos!... No se me oculta que el señor Duque estará sumamente violento... Además, este espectáculo es demasiado trágico para esta señorita... La señorita de Kinstenders podría retirarse a otras habitaciones mientras el señor Juez ordena el traslado del cadáver y yo cambio impresiones con el señor Duque, si el señor Duque es tan amable que me lo permite...

ALB.—Cuanto quiera, con tal de abreviar en lo posible esta situación verdaderamente dolorosa para todos. ¡Margarita: ten la bondad de pasar a tus habitaciones... y tranquilizarte!... ¡No temas nada!... (A las criadas.) Sería conveniente que le hicieran ustedes tomar un cordial.

MARG.—¡Vámonos de aquí!

ALB.—¡Nos iremos, ten calma; nos iremos para siempre!...

MARG.—¡Siempre huyendo!... (Stewesson escucha estas palabras y sonríe.) ¡Siempre el misterio saliéndonos al paso y oprimiéndonos el corazón!...

ALI.—Descanse un momento la señorita, la hará mucho bien.

MARG.—(Haciendo mutis.) ¡Siempre el misterio y la tragedia!... ¡Descansar!... ¿Dónde? ¿Cuándo?... (Hace mutis, siguiendo las criadas.)

WEN.—(Al *policeman* que está en la puerta de la alcoba.) Diga que trasladen el cadáver al Depósito. Sáquenlo por esa puertecilla de la alcoba, que da al recibimiento.

STE.—Un momento, señor Juez... Quisiera examinar de nuevo el cadáver de esa pobre mujer... (Se dirige a la alcoba y va hablando a medida que examina el cadáver.) Parece dormir, y acaso duerma... Hay una muerte como un sueño; producida por un misterioso veneno ruso que mata sin dolor y sin sacudidas. Un veneno sutil y silencioso como aquel que vendían los joyeros florentinos sobre sus cuchitriles del Puente Viejo... No deja señal ninguna. ¿No lo conoce usted, señor Duque?... (Alberto niega.) Sólo una ligera mancha rosada en las palmas de las manos. ¿Ve usted? (Al levantar las manos del cadáver se fija en la sortija que éste conserva en la mano izquierda.) ¡Eh! ¡Qué es esto!...

ALB.—(Sin poderse contener.) ¡Esa sortija!

STE.—(Quitándosela al cadáver y examinándola detenidamente.) Una sortija de esponsales, señor Duque... Una sortija de esponsales con una corona imperial... Dentro, una A y una O entrelazadas y una fecha ilegible... (Volviéndose a Wenker.) ¡Señor Juez: ya pueden llevarse el cadáver cuando guste!

(Corre la cortina de la alcoba, desapareciendo ésta de la vista del espectador. El *policeman* sale a cumplir la orden del Juez.)

WEN.—(Al Secretario.) Tenga la bondad de decir a Antonio Hamilton, el ayuda de cámara del señor Duque, y a Jorge Petersson, el portero, que acudan inmediatamente a mi despacho oficial.

SECR.—Está bien, señor Juez. (Mutis.)

WEN.—El señor Duque sabrá dispensarme si me veo obligado a suplicarle que no abandone ni un solo instante esta habitación, sin una expresa autorización mía.

ALB.—Está bien.

WEN.—Mañana, a primera hora, será llamado a declarar, en unión de la señorita Margarita de Kinstenders, su sobrina. ¿Viene usted, míster Stewesson?

STE.—He de hablar un instante con el señor Duque... Cuestión de unos

minutos. Luego pasaré por el Juzgado... ¡Hasta luego, señor Juez!... ¡Ah!, haría usted muy bien procurando el arresto del estudiante ruso de la buhardilla... Un poco difícil será, porque no es estudiante...

ALB.—¿Ni ruso?

STE.—Ruso, sí, señor Duque.

WEN.—(Despidiéndose.) ¡Señores! (Hace mutis. Quedan en escena el Duque de Kinstenders y Stewesson.)

STE.—¡El señor Duque estará muy cansado de las emociones sufridas?

ALB.—No lo niego.

STE.—Me permitiré molestarle lo menos posible.

ALB.—Se lo agradeceré mucho.

STE.—De usted depende, señor Duque de Kinstenders... ¿Quiere usted decirme quién era esa mujer que ha aparecido asesinada sobre su lecho?

ALB.—No lo sé.

STE.—¿Quiere usted decirme cómo se puede entrar en esta casa estando cerradas todas las puertas?

ALB.—No lo sé.

STE.—¿Quiere usted decirme, por último, qué parentesco real y efectivo le une a la señorita Margarita de Kinstenders?

ALB.—No creo que nadie tenga derecho a inmiscuirse en mi vida privada.

STE.—No somos de la misma opinión. La Justicia es igual para todos, señor Duque, y lo mismo puede exigirle la verdad a un Monarca que a un villano.

ALB.—Ahorremos observaciones, señor Stewesson... Yo ignoro cómo ha podido llegar hasta aquí esa desgraciada, y cómo y quién ha podido asesinarla en mi propia alcoba.

STE.—¿En su propia alcoba? ¡Nadie!

ALB.—¿Qué quiere usted decir?

STE.—Que esa mujer ha entrado ya muerta en esta habitación.

ALB.—(Irónico.) ¿Cree usted en los muertos que andan?...

STE.—Un poco... Esa mujer ha muerto hace más de veinticuatro horas; no había nadie, absolutamente nadie, en la alcoba del señor Duque.

ALB.—Hace veinticuatro horas estábamos nosotros en Bruselas. Y aun no hace diez que salimos del Havre.

STE.—No lo dudo, señor Duque... Si yo me pudiera permitir dudar de la palabra del señor Duque, hace un instante le hubiera desmentido.

ALB.—¿Cuándo?

STE.—Cuando aseguró que no conocía el cadáver.

ALB.—¡Señor Stewesson!

STE.—¡Señor Duque de Kinstenders! Los labios de los nobles no suelen mancharse con la mentira... Y usted es noble... aunque no sea usted Duque de Kinstenders...

ALB.—¡Basta, señor Stewesson!

STE.—Conozco suficientemente la aristocracia inglesa, para saber que no existe ese título.

ALB.—Acabemos de una vez... ¿Quiere usted mil libras esterlinas por esa sortija?

STE.—¡Muchas gracias, señor Duque! Mil libras son mucho para pagar una sortija y muy poco para comprar una conciencia.

ALB.—Estoy a sus órdenes, entonces.

STE.—Muy amable. Lamento no poder acceder a lo que me propone... pero esta sortija tiene para mí un valor imponderable... Más leal que el señor Duque de Kinstenders, me ha confiado un secreto que el señor Duque se ha obstinado en callar...

ALB.—¿Cuál?

STE.—¿Quiere usted saberlo? Pues bien; señor duque de Kinstenders, para que aprenda a creer en la voz de los muertos, oiga usted una verdad que la muerta me ha dicho: Esa mujer que ha aparecido asesinada sobre su propio lecho, era su esposa, señor Duque de Kinstenders...

ALB.—(Lanza un sollozo que parece un rugido, y se lanza en una butaca, escondiendo la cara entre las manos.) ¡¡Oh!!

STE.—Buenas noches, señor Duque. (Antes de hacer mutis descorre la falleba del balcón. Luego, desde la puerta, dice:) De esta sortija saldrá el hilo de oro que me guíe en este laberinto de espanto y de sangre. (Mutis.)

ALB.—(Al cabo de un instante.) ¡Ah! ¡Saber ese secreto cuesta la vida!... (Va a salir precipitadamente a tiempo que aparece Margarita, toda vestida de blanco.)

MARG.—¿A dónde vas?

ALB.—¡Margarita!

MARG.—¿Se fueron todos?

ALB.—Sí.

MARG.—(Temblando.) ¿Y el cadáver?

ALB.—(Sin mirar.) Ya no está ahí.

MARG.—Es preciso que hablemos, Alberto. Tengo miedo. Un miedo invencible, un miedo de muerte... ¿Qué misterio rodea tu vida? ¿Por qué allá donde vas dejas tras de ti un surco de sangre y de lágrimas?... ¿No recuerdas en Roma? ¡Aquel hombre que en el baile de la villa Médicis disparó contra ti! Y aquel fantasma blanco que nos perseguía en Atenas, amenazándote con siniestros mensajes, y desvaneciéndose como una sombra. ¿Quién eres, Alberto?... Cuando murió mi padre asesinado por la policía rusa, tú te presentaste en mi colegio, y me reclamaste como único pariente de mi pobre madre... Hace cinco años que salí del colegio, que dejamos nuestra patria y que vagamos sin rumbo por la Tierra, como nuevos judíos errantes... Yo te amo... Eres mi único cariño... Sólo te tengo a ti; pero me ahoga la sombra; me tortura el misterio... Confíate a mí... Quiero saberlo todo. Quiero luchar contigo o morir contigo...

ALB.—¡Margarita! ¡Pobre ángel blanco que se debate en un negro abismo

de odio y de venganza!... Aún es pronto para hablar. Mañana partiremos de nuevo... En América tal vez hallemos paz para nuestros espíritus...

MARG.—¡Huir otra vez!...

ALB.—Es preciso. Pero ya llegará un día en que nuestros corazones se sosieguen, en que tus alas de ángel blanco puedan cruzar el sereno azul de los cielos...

MARG.—(Mirando el cuadro de la derecha y lanzando un grito.) ¡Oh! ¡Ese cuadro!...

ALB.—¿Qué tienes, Margarita?

MARG.—¡Ese cuadro, ese cuadro maldito!... ¿Por qué no lo quitaste?

ALB.—Es un viejo recuerdo de mi casa, pero lo mandaré quitar si tanto te asusta...

MARG. — ¡Me aterra!... ¡Esos ojos, que se clavan en la carne como dos estiletes!...

ALB.—Sosiégate, Margarita; anda, siéntate aquí un momento...

MARG.—¿Tú te vas?

ALB. — Sí, quiero ver en mi alcoba si falta algo... Serénate... en seguida soy contigo... Cuando estemos en el mar con rumbo a América lo sabrás todo; sabrás ese secreto tan grande como el mar y como mi alma...

MARG.—Ven en seguida.

ALB.—No temas.

MARG. — No quiero estar sola, no me atrevo... Sólo estoy tranquila a tu lado... A tu lado nada me espanta, ni el mismo espanto de la muerte...

(Alberto la besa, desapareciendo después tras la cortina de su alcoba. Queda sola en escena e inconscientemente sus ojos van a fijarse en el gran retrato que ocupa el testero de la derecha)

MARG.—¡Oh, esos ojos! ¡Esos ojos de abismo que fascinan y atraen! ¿Quién fuiste en vida, tú que tanto pavor causas después de muerto?... (Los ojos del retrato comienzan a moverse.) ¡Oh! ¡Esos ojos! ¡Esos ojos miran!... (Va retrocediendo aterrada hasta tropezar en una butaca, en la que cae sin dejar de mirar al retrato. Al cabo de un instante permanece inmóvil, hipnotizada.) ¡Oh! ¡Alberto! !Ven!... ¡Sálvame! ¡Albert!... (Queda dormida. En este momento el lienzo del retrato sube como un telón, dejando ver un segundo retrato idéntico, pero plástico, en el cual el Cardenal es Silvestre Kelowich. Éste sale del marco y avanza hacia Margarita.)

SILV.—«¡Margarita de Kinstenders!... «La Hermandad del Silencio» ha dispuesto que mañana, a las doce de la noche, claves un puñal de oro en el pecho del Duque Alberto... Así vengarás la muerte de tu padre y la de las víctimas de su odioso poder... Cuando despiertes nada recordarás, pero mañana, a la hora indicada, ejecutarás nuestra orden... ¡Margarita de Kinstenders! ¡Cumple la justicia que la Hermandad te encarga!»

(Hace mutis. Vuelve a caer el telón del retrato. Hay una pausa. A poco, por la puerta de la alcoba, aparece Alberto de Kinstenders envuelto en una larga capa negra y cubierto con un sombrero obscuro. Cautelosamente, y

procurando que Margarita no le oiga ni le vea, hace mutis por la puerta del foro. Pasan unos segundos y el balcón del lateral izquierda se abre, apareciendo míster Stewesson.)

STE.—(Entrando.) Algunas veces la policía tiene que entrar por donde los ladrones... (Reparando en Margarita.) ¡Eh! ¿Qué es esto?... ¿Señorita?... (La mueve suavemente.) ¿Qué sueño es éste?... ¡Ah! ¡Está hipnotizada! ¡Señorita!... ¡Despierte!... ¡Yo lo quiero!

MARG.—(Volviendo en sí.) ¡Oh! ¡Alberto!... ¡Ah, es usted!...

STE.—El Doctor Stewesson, su humilde servidor.... ¿Cómo se durmió usted aquí, señorita?

MARG.—No sé... Me duele la cabeza horriblemente... ¡Oh, el retrato!

STE.—¿Qué?

MARG.—Me espanta... Esos ojos...

STE.—(Avanzando hacia el retrato.) Efectivamente... (Tropieza en un objeto en el suelo y se inclina á cogerlo.) ¡Eh!

MARG.—¿Qué es eso?

STE.—(Mostrándolo.) ¡Un guante rojo! (*Telón.*)

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero. La escena, espléndidamente iluminada. A través de la puerta del foro se ven otros salones alumbrados con la misma intensidad, por los cuales pasean varias parejas ataviadas «au dernier cri». Al levantarse el telón se oyen dentro los últimos compases de un vals. A poco, entran en escena míster Stewesson, míster Goldstier y míster Stimersson, todos, como los demás personajes que intervienen en el acto, de rigurosa etiqueta.

STIM.—Definitivo, Doctor, definitivo. Este anfitrión es mucho más admirable que el de Plauto.

GOLDS.—El Duque de Kinstenders sabe hacer bien las cosas. Este «petite souper» es digno de las cenas de Lúculo.

STE.—Alberto de Kinstenders es verdaderamente maravilloso. (Sacando una petaca de oro y ofreciendo cigarrillos.) ¿Egipcios? Anoche todo era desolación en esta casa. Hoy, gracias a la magia del dinero, los salones del Duque resplandecen de luz y de alegría...

STIM.—¡También es excentricidad la del señor Duque! Dar una cena en sus salones a sus conocidos del club al día siguiente de haber sido hallado un cadáver misterioso sobre su propio lecho.

GOLDS.—¿A quién iba a dársela? ¡El Duque no tiene más conocidos en Londres que sus superficiales amistades del Círculo; de este Círculo nuestro, donde, gracias a que no se pregunta a nadie quién es ni de dónde viene, podemos tener el honor de codearnos de vez en cuando con un Duque tan fabuloso como el de Kinstenders, o con un alto bandido de frac y guante blan-

co que nos roba exquisitamente nuestras carteras, después de habernos convidado a un whiskey con soda.

STE.—La discreción amigo Goldstiers, es una de las más bellas virtudes sociales. Así, por ejemplo, tu casino, al cual nos honramos en pertenecer, realiza un bello ideal colectivo: el de no exigirle a ningún socio que acredite su personalidad con tal de que no moleste a nadie, lleve el frac bien cortado y sepa perder dignamente unos cuantos miles de chelines sobre el tapete verde... El Duque de Kinstenders sólo ha necesitado ser presentado por dos socios, los cuales, probablemente, no le conocerían siquiera, para ser admitido. La prosperidad del tapete verde nos impone esta admirable democracia...

STIM.—Parece imposible que hable usted así, querido Doctor...

STE.—¿Lo dice usted por el cargo que ocupo?... No soy yo el llamado a reformar nuestras costumbres. Yo me limito a no ir al Círculo o a ir lo menos posible. Así se explica que no conociera a este deslumbrador Duque de Kinstenders, a pesar de lo cual, en vista de que he intervenido en el extraño suceso registrado anoche en su domicilio, ha tenido la bondad de invitarme a su fiesta...

GOLDS.—Y a propósito, doctor Stewesson: ¿No existe ningún indicio, ninguna pista que permita aclarar el enigma de esa mujer asesinada sobre el lecho del Duque?

STE.—Ninguno.

STIM.—Es incomprensible.

GOLDS.—Y, sin embargo, en el siglo veinte nadie puede creer ya en los milagros...

STE.—Soy de su opinión. No creo en los milagros, pero creo en el misterio y en la ciencia.

STIM.—¿En la ciencia?...

STE.—Sí; en la ciencia siempre nueva, no ya para los profanos, sino para los sabios mismos... He conocido criminales que dominaban la Química y obtenían en sus laboratorios, más tenebrosos que los de los quirólogos de la Edad Media, venenos espantosos que no dejaban huella... He conocido criminales que practicaban el ocultismo mejor que los fakires de la India y enloquecían a sus víctimas, haciéndolas caprichos de su maldad y de su ambición. ¿Por qué no creer que nos hallamos ante uno de esos casos misteriosos, ante uno de esos crímenes sin sangre y sin ruido, cuyos agentes principales son las tinieblas y el silencio?... Pero dejemos esto ahora y dígame usted, amigo Stimersson, ¿desde cuándo y cómo conoce al señor Duque de Kinstenders? Para hacerle esta preagunta es para lo que le he suplicado que me acompañase a este salón.

STIM.—Hace unos dos meses comenzó a concurrir al Círculo. Siempre iba solo y no creo que en el Círculo haya hecho ninguna amistad íntima.

GOLDS.—Por eso nos ha sorprendido vernos invitados por él a esta cena. Ninguno de los que estamos aquí hemos cambiado jamás con él una docena de palabras en la sala de juego o en el *fumoir*.

STIM.—Y hasta es posible que algunos no le conozcan siquiera.

STE.—El Duque de Kinstenders ha querido, sin duda, disipar la penosa impresión que la noticia de lo ocurrido ayer en su casa haya podido causar en Londres dando esta fiesta en sus salones. Con ello también habrá pretendido fortificar un poco el abatido espíritu de su sobrina.

GOLDS.—Lindísima, por cierto. Es una criatura verdaderamente ideal.

STIM.—Una sensitiva.

STE.—Cierto. Parece arrancada de los idilios de Teócrito... Un alma sin voluntad propia. Un buen sujeto de experiencia para someterla a una corriente hipnótica.

GOLDS.—¿Qué quiere usted decir?...

STE.—Nada. (Viendo a Margarita. Aparece seguida de varios invitados.) Silencio. He aquí a nuestra bella princesa de Arcadia.

(Entran en escena Margarita de Kinstenders, Silvestre Kelowich, Pablo Petronoff y dos invitados más, todos de rigurosa etiqueta.)

MARG.—Son ustedes excesivamente amables. Ha sido una cena improvisada. Un capricho de mi tío Alberto, que ha querido de esta manera alejar de la casa el tenebroso recuerdo de la tragedia de ayer...

SILV.—Vano propósito...

MARG.—¿Cree usted?...

SILV.—Y usted también, señorita. Inútilmente las notas alegres de la orquesta tzigane y la espuma de los vinos generosos tratan de ponernos un poco de júbilo en el corazón...

MARG.—Es cierto. Hasta en la misma alegría de la música y en las burbujas de oro del champagne parece que se ha escondido algo misterioso que oprime el pecho, que sujeta la boca que quiere reírse, que pone un crespón ante los ojos...

STE.—Señorita... Se atormenta usted misma y no tiene usted razón en atormentarse.

GOLDS.—Ya pasó la tragedia. ¿Qué huellas puede dejar ni en su vida, ni en su alma de usted?...

SILV.—¡Oh! ¡Quién sabe!

PABLO.—Se ha desarrollado tan cerca de ella esta tragedia, y es tan incomprensible y tan sombría, que necesariamente tiene que excitar su sensibilidad...

MARG.—Hemos debido marcharnos de aquí. Pero Alberto no quiere.

PABLO.—Y hace bien, señorita, porque ello nos ha proporcionado el inmenso placer de conocer el magnífico tesoro que tenía nuestro amigo Kinstenders escondido en su casa.

MARG.—Muy amable.

STIM.—Es verdad, señorita... Yo me preguntaba ahora mismo ¿cómo ha sido posible que hayamos poseído en Londres semejante belleza sin darnos cuenta de ello?

SILV.—Esta señorita no es de Inglaterra.

STE.—¿No?

SILV.—Es, sin duda, de otros países más fríos, más lejanos, donde reina menos justicia entre los hombres, donde los hombres son más crueles y sus mujeres más lindas y sentimentales.

STE.—De la santa Rusia, ¿no es eso?

SILV.—Acaso...

STE.—Usted es la única que puede sacarnos de la duda...

MARG.—Prefiero ir a advertir a mi tío de que ya es hora de retirarme a mis habitaciones. ¿Su brazo Doctor?

STE.—¡Encantado! (Aparte a Margarita.) ¿Quién es ese hombre, señorita?

MARG.—(Aparte a Stewesson.) No lo sé. Pero yo he visto sus ojos y he oído su voz otra vez, no sé dónde. (Mutis foro.)

STIM. -Este belló ángel nos ha dado la señal de partida. ¿Usted se queda, amigo Goldstier?

GOLDS.—Voy a besar la mano de la señorita de Kinstenders.

STIM.—¡Vamos allá, señores!...

(Inclinaciones de cabeza. Los dos invitados hacen mutís con Margarita y Stéwesson. Quedan en escena Silvestre y Pablo. Silvestre, después de una pausa, saca de entre el chaleco y la pechera un puñal con el puño de oro, y se lo entrega a Pablo.)

SILV.—Toma. Sobre la mesa de noche del Duque Alberto.

(Pablo toma el puñal y desaparece en la alcoba, cuya cortina no se descorre hasta el final del acto, reapareciendo en seguida.)

¡Ahora a besar la mano de la hija del Jefe!

(Mutis los dos por el foro. Por la puerta de la izquierda sale Patrik, tipo de marinero del Támesis, seguido de Antonio, el ayuda de cámara del Duque.)

PATRIK.—¡Te digo quc he de verle!

ANTO.—¡Yo le digo a usted que es imposible! El señor Duque no recibe a nadie absolutamente, y menos...

PAT.—¡Y menos a un pobre marinero del Támesis! ¿No es así? ¡Pues a Patrik lo recibirá, mal que te pese!

ANTO.—Le ruego a usted que se marche. El señor Duque tiene esta noche invitados en su casa.

PAT.—¡Ah! ¿Tiene invitados? ¡Muy bien! ¡Pues que salga!

ANTO.—El señor Duque no recibe más que a los que él cita.

PAT.—¡Muy bien! ¡Pues que salga!...

ANTO.—¡Señor mío!

PAT.—¡Basta, imbécil! ¡Pásele recado inmediatamente!

ANTO.—(Violento y gritando.) ¡He dicho que no!

(Aparece en el umbral Alberto de Kinstenders.)

ALB.—¡Silencio!

ANTO.—¡Señor! ¡Este hombre!...

ALB.—¡Vete!

ANTO.—Es que...

ALB.—¡Vete!

(Antonio hace mutis. En seguida Patrik se arroja a los pies de Alberto y le besa las manos.

PAT.—¡Alteza!

ALB.—(Pausa, durante la cual solloza Patrik.) ¡Calla, desdichado!... ¡Mi buen Patrik!... ¡Mi único amigo fiel! Levanta.

PAT.—¡Señor! ¡Necesitaba verte!

ALB.—¿Te has enterado de todo?

PAT.—De todo. Además esta noche se reúnen.

ALB.—¿Dónde?

PAT.—En el Cisne Rojo, bajo el puente del Támesis... Me lo ha dicho Tommy, el tabernero...

ALB.—¿A qué hora?

PAT.—A la una.

ALB.—Está bien.

(En este momento aparece Stewesson. Al verlos retrocede, escondiéndose tras una cortina. En este momento comienzan a moverse los ojos del cuadro.)

PAT.—¿Irás, señor?

ALB.—Esta noche, a la una, estaré en la taberna del Cisne Rojo... Vete tranquilo.

PAT.—¿Sabes algo, señor, de nuestros enemigos?

ALB.—Lo sabré todo. Ahora vete. Me esperan. Dios te proteja, Patrik. Hasta la noche. (Patrik se arrodilla de nuevo, besándole las manos, y mutis.)

PAT.—¡Adiós, señor, que Dios te proteja y te guarde!

(Queda un instante Alberto inmóvil, pensativo; después se pasa la mano por la frente como si quisiera borrar una obstinada preocupación, y va a salir por el foro. En el umbral le corta el paso el Doctor Stewesson. Los ojos del cuadro permanecen ahora inmóviles.)

STE.—Un momento, señor Duque.

ALB.—¡Señor Stewesson!

STE.—Me consta de una manera evidente que estaba usted en el Havre el mismo día y a la misma hora en que se cometió el asesinato de la señora Duquesa...

ALB.—¡Señor Stewesson!

STE.—Tengo la seguridad plena de que no es usted el asesino, señor Duque... (Movimiento de protesta de Alberto.) Ahora bien, habrá usted podido comprobar que sé guardar un secreto. Todo el mundo ignora quién sea el misterioso cadáver encontrado en su alcoba. Pero mi lealtad exige una reciprocidad por su parte.

ALB.—Pregunte usted.

STE.—La idea de obsequiar con una cena a sus conocidos del Club, la noche inmediata a la del descubrimiento del crimen, me parece bastante original.

ALB.—«Very snob», que dicen ustedes los ingleses.

STE.—¡New fasión, Sir!... La última moda de la originalidad, de la despreocupación... en un inglés... Pero usted no es inglés, usted no ha nacido en el Reino Unido de la Gran Bretaña...

ALB.—No baje usted la voz. Puede usted hablar con entera naturalidad. No; no he tenido efectivamente la suerte de nacer en esta tierra maravillosa, donde he podido admirar muchas cosas, y más que todas ellas, el temple espiritual de sus hijos... Yo soy un poco señtimeñtal, míster Stewesson... No se elige la cuna, ni se elige la tumba. El azar nos trae y él nos lleva...

STE.—¿Quiere usted responderme a una pregunta?

ALB.—¿Por qué no?

STE.—¿Quién es usted, señor Duque de Kinstenders?

ALB.—(Después de una ligera pausa.) Es usted muy simpático, Doctor Stewesson.

STE.—Gracias.

ALB.—Sinceramente, muy simpático. ¡Que quién soy yo!... ¡Oh! ¡Qué difícil es responder a esa pregunta!... De todos aquellos a quienes usted podrá preguntar, yo soy quien menos sabe responder... Pero... he prometido contestarle... Soy el Duque Alberto de Kinstenders...

STE.—¡No es cierto!

ALB.—¡Soy el Duque Alberto de Kinstenders!

STE.—¡No es cierto!

ALB.—(Radiante de grandeza.) ¡Soy el Duque de Kinstenders! Yo no miento jamás...

STE.—He buscado ese título en el Almanaque de la Grandeza...

ALB.—¡Buscadlo más alto!

STE.—(Confundido e inclinándose.) ¡Señor! (Después de una pausa.)

ALB.—Decididamente es usted muy simpático, Doctor Stewesson. Pero aclaremos nuestra situación respectiva. En mi casa, durante mi ausencia;, ausencia comprobada suficientemente, ha sido encontrado un cadáver... Usted, con una oficiosidad que hasta ahora, a puro de ser cortés, no me ha podido molestar, se empeña en atribuirme un parentesco espiritual con la desdichada que vino, tan misteriosamente, a morir sobre mi lecho... Yo siento una espontánea simpatía por la juventud. Pero, precisamente porque la siento, desearía no perderla en esta ocasión.

STE.—Esto quiere decir...

ALB.—Quiere decir, señor Stewesson, que esta casa es la suya; pero que le suplico encarecidamente que me ahorre sus interrogatorios... Ya dije ante el Juez cuanto tenía que decir...

STE.—Observe usted, señor Duque, que si yo estoy en su casa es porque usted mismo me ha invitado...

ALB.—Efectivamente. Eso le demostrará a usted la sinceridad de mi simpatía. Hablaba usted de nobleza y de reciprocidades. Estamos en paz...

STE.—Sin embargo...

ALB.—¿Encuentra usted mi vida un poco misteriosa? Tengo derecho a ser desdichado. Es lo único que puedo decirle.

STE.—Está bien... Ahora un ruego. ¿Tiene la lista de sus invitados? ¿A todos se les obligó, como a mí, a firmar el sobre en que iba incluída la invitación?

ALB.—A todos.

STE.—¿Podría ver los sobres?

ALB.—(Abriendo un cajón de la mesa despacho.) ¿Por qué no? Aquí los tiene usted.

(Abre el cajón y saca los sobres, que entrega a Stewesson, el cual saca, a su vez, del bolsillo, una hoja de papel, la misma en que estaba envuelta la bala hallada en el primer acto en el taco del almanaque, y confronta con una lupa el parecido entre las letras de los sobres y la de la hoja de papel. Al cabo de un rato de examinar sobres y firmas.)

STE.—¿Quién es Edward Fifer?

ALB.—¡Edward Fifer!... Un conocido del Club.

STE.—¿Le conoce usted?

ALB.—No mucho.

STE.—En la estancia en que fué hallado el cadáver de la mujer que usted no quiere que sea la señora Duquesa de Kinstenders, fué encontrada esta hojita de papel envuelta en una bala de escopeta de aire comprimido. Vea usted, señor Duque, lo que dice: «Muere donde debe morir...» (El Duque se estremece.) Vea usted el sobre firmado por míster Edward Fifer.

ALB.—¡La misma letra! (Se dirige rápidamente a un timbre y llama. En seguida entra Antonio.) Busque inmediatamente a sir Edward Fifer y dígale que venga.

ANTO.—Sir Fifer acaba de salir con sir Buchisson.

(Alberto y Stewesson se quedan mirando un momento fijamente. El criado se inclina y se va.)

ALB.—Está bien.

STE.—Señor Duque de Kinstenders... Si su propósito, como yo imagino, era descubrir entre sus únicos conocidos de Londres una pista o un nombre que le pudieran llevar a la verdad, puede estar satisfecho...

(Entran en escena Margarita, míster Goldstier, míster Stimersson y varios invitados.)

STIM.—No nos contentamos con esta tiránica reclusión a que la obliga el señor Duque...

GOLDS.—De ninguna manera.

STIM.—Usted debe brillar por derecho propio en nuestros salones; ¿no es verdad, señor Duque?

ALB.—Demasiado galantes; Margarita gusta más de la vida recogida, de la vida de estudio y de peregrinación.

MARG.—Tus amigos son demasiado amables. A veces, juraría encontrarme en Italia la romántica o en la caballeresca España, antes que en la grave Inglaterra...

STIM.—No es justo negarle a Inglaterra el derecho a tener buen gusto.

MARG.—Delicadísimo. ¿Dónde habrá hombres que no haya galantería?

STIM.—¿Dónde habrá mujeres que no haya poesía, querra usted decir?

ALB.—Esto es un torneo poético digno de unos juegos florales...

GOLDS.—Al que es necesario poner fin, aunque sea muy lamentable... Son las once y media... ¡Señor Duque!...

ALB.—Agradecidísimo a la bondad de que me han hecho objeto aceptando mi invitación...

GOLDS.—Agradecidos nosotros por la invitación y por el honor que nos ha hecho...

STE.—También yo les dejo.

ALB.—¿Hasta mañana?

STE.—Hasta siempre, que es menos preciso y más cordial. Beso sus pies, señorita... (A Stimersson.) ¿El señor Fifer?

STIM.—Salió precipitadamente con el señor Buchisson, dejándome encargado que le despidiera del señor Duque; parece ser que recibió un recado urgente del teléfono.

GOLDS.—En el Casino estará seguramente. Es su hora de «baccara».

STE.—Vamos, pues, al Casino. ¡Señores!...

(Saludan todos y vanse los invitados, quedando sólo en escena Alberto y Margarita. Pausa.)

ALB.—¿Estás cansada, Margarita?...

MARG.—Mucho.

ALB.—Ya se acabó.. Pronto, muy pronto, quizá mañana, marcharemos a un pueblo escondido, de sol y de flores, donde, sin nombre, sin ostentación, sin grandeza, podamos vivir felices, consagrados a nuestro amor.

MARG.—¿De verdad?

ALB.—¡Te lo juro! Y ahora vete a descansar. No temas nada. Ten confianza en mí...

MARG.—¡Pues si no la tuviera! Crees que podría resistir esta vida de zozobras, de luchas, de tinieblas... Pero tengo fé en ti y cierro los ojos y me dejo guiar por tu alma... ¡Qué me importa llevar los ojos vendados, si voy de tu brazo!

ALB.—¡Que Dios te bendiga! Anda, vé a descansar... ¿Tienes sueño?

MARG.—Sí; un sueño invencible, un sueño superior a mi voluntad, como si alguien me mandase que me durmiera...

ALB.—Vé a tus habitaciones. Son las doce menos diez. ¡Hasta mañana! (La besa en la frente. Margarita hace mutis. Pausa. Alberto saca una cartera, y de ella un retrato que mira largamente.) ¡Pobre Olga! ¡Que te perdone Dios!... (Abre un cajón de la mesa, del que saca un revólver, dejando, en cambio, el retrato. Cierra con llave, que guarda con el revólver en el bolsillo del pantalón. Se despoja después del frac y del chaleco, y, llevándolos en el brazo, entra en la alcoba sin descorrer la cortina, después de apagar la luz.)

(Por el foro, con gabán de pieles y chistera, aparece Stewesson; con paso

cauteloso se dirige a la mesa, y sin hacer el más mínimo ruido, saca una ganzúa y abre el cajón, del que saca varios papeles, entre ellos el retrato que dejó momentos antes el Duque.)

STE.—¡La muerta!

(Suenan en este instante doce campanadas. Stewesson se estremece. Aplica después el oído hacia la izquierda y cierra el cajón, retrocediendo hasta el primer término de la derecha. A poco, entra en escena Margarita vestida con un peinador blanco... Anda en estado hipnótico, y se dirige maquinalmente hacia la alcoba de Alberto, tras la cual desaparece.

Stewesson, aterrado, retrocede apoyándose en las molduras de la pared; de pronto, se supone que oprime una que hace moverse el resorte del cuadro, y el lienzo del retrato sube, dejando al descubierto un hueco profundo y sombrío, en cuyo extremo, muy recóndito, hay una luz roja.)

STE.—¡Qné es esto!

(En este instante se oye un grito horrible, proferido por Margarita, e inmediatamente sale ésta con el pelo suelto, los ojos fuera de las órbitas y un puñal en la mano. Stewesson descorre la cortina y aparece en la cama un cuerpo tendido, en mangas de camisa.)

STE.—¡Margarita! (Viendo el cuerpo sobre el lecho del Duque.) ¡Oh! ¿Qué ha hecho usted, desgraciada?...

MARG.—¡No sé! ¡No sé. (Mirando el puñal.) ¿Qué es esto, Dios mío!, ¡Qué he hecho yo!

STE.—Ha matado usted al Duque de Kinstenders...

MARG.—(Un grito horrible.) ¡Yo! ¡Yo, no! ¡Alberto! ¡Alberto mío! (Trata de avalanzarse hacia el lecho; pero Stewensson la contiene.)

STE.—Déjeme usted, señorita... (Se inclina sobre el lecho, lanzando en seguida una carcajada.)

MARG.—(Que ha permanecido aterrada en el dintel.) ¿Qué?

STE.—¡Un asesinato, un asesinato terrible! .. (Cogiendo un muñeco vestido de pantalón y camisa blanca, y lanzándole al suelo.) Pero tranquilícese usted, señorita... Estos asesinatos no están castigados en el Código...

MARG.—¿Y Alberto?

STE.—*Su* Alberto de usted ha marchado al Cisne Rojo por esa puerta de escape, dejándonos ese monigote en representación suya .. Bien puede estarle agradecido. Sin él, hubiera perecido a las lindas manos de su bella sobrina...

MARG.—¡Qué horror!

STE.—Desconfíe usted de los Cardenales florentinos, señorita, y fortalezca su voluntad para que no la dominen tan fácilmente.

MARG.—(Reparando en el cuadro.) ¡Oh! ¡El cuadro!... (Mirando al espacio negro que presenta.) ¿Adónde irá ese abismo?

STE.—Voy a verlo ahora mismo. ¡Va a la verdad!... Que usted descanse, señorita... (Desaparece por el hueco del cuadro.) (*Telón.*)

ACTO TERCERO

Una taberna lóbrega y siniestra en los viveros del Támesis. Al foro derecho, un mostrador rojo, tras el cual se extiende una anaquelería repleta de botellas. En la escena, diversos anuncios representando bailes de «apaches» y escenas culminantes de películas trágicas. Puerta al foro izquierda, que da al río. Detrás del mostrador, en el foro derecha, puertecilla que comunica con el interior de la taberna. En el primer término lateral derecha, ventana con grandes barrotes de hierro. Al levantarse el telón aparece la escena a obscuras. Tommy, el posadero, enciende un farol que hay colgado en el centro de la estancia. En una mesa de la izquierda están sentados Silvestre Kelovich, Alejo, Petronoff, Oloff, Boris y Siloff; todos vestidos de marineros del Támesis. Tras el mostrador, el Rojo limpia varios vasos y botellas.

SILV.—¡Enciende de una vez, maldito posadero!

TOM.—(Malhumorado.) Nadie tiene la culpa de que sople el Nordeste con tanta furia... ¡Viento del demonio! Esta noche no queda en el Támesis ni una gabarra sana.

ALE.—Buena noche para mandar a alguien al cementerio sin que se entere ni su sombra.

TOM.—Oíd cómo aulla el viento.

(Efectivamente, a lo lejos parece el viento como el aullido de esos perros que ululan la muerte.)

Mala noche para los que temen a la muerte... Parece el aire como el gemido de un mastín cuando presiente a la descarnada. Tú, Rojo, baja hacia el puente a ver si viene alguien.

(El Rojo, que es un muchacho pelirrojo, estrábico, con una barba rala y sucia y un ademán feroz, sale.)

SILV.—(Yendo a otra mesa con Tommy.) ¿Quién es ese hombre?

TOM.—Un criado nuevo. Mi sobrino se marchó al hospital. Habrá que serrarle la pierna. Este muchacho se presentó ayer mañana. Es una buena pieza. Dos veces ha estado ya en presidio, y las dos por asesinato... ¡Tiene una casa que es un patíbulo!

SILV.—Esta noche necesito tu reja.

TOM.—¿Vendrá el Duque?

SILV.— Nada te importa quién vendrá... Tu cueva da al Támesis, y el Támesis se lleva los cadáveres discretamente...

TOM.—Descuida, que apretaré lo justo. Sé mi oficio. Y, además, no es la primera vez...

SILV.—Cuando apagues la luz echas el garfio sin que se oiga ni tu aliento. Lo demás es cuenta mía. Sirve vino a la gente. (Vase a la mesa con sus camaradas.)

ALE.—¿Vendrá esta noche?

SILV.—Vendrá. Desde mi escondite oí la cita de Patrik. Hasta hoy pudo él espiarnos gracias a la traición de Patrik, a quien creíamos de los nuestros. Patrik le ha salvado la vida. Pero, si viene esta noche, no escapará a nuestra venganza. Os lo juro por todo el mal que nos hizo y por todo el odio que le tenemos.

BORIS.—¿Y la moza?

SILV.—La chica es sagrada para nosotros. Es la hija del Jefe.

OLOFF.—¿Y si se vende a la causa del Duque?

SILV.—Entonces que siga la suerte de Olga y de Patrik.

SILOFF.—¡Demasiada sangre!

SILV.—Piensa en la que vertieron nuestros hermanos, las víctimas inocentes del despotismo y de la crueldad. Piensa en tus padres, cobardemente fusilados en tu hogar deshecho; en tu hermana, martirizada a golpes de kunt...

SILOFF.—¡Calla!

SILV.—Piensa en nuestros bienes confiscados, en nuestras casas derruídas, en nuestras esposas profanadas...

BORIS.—¡Venganza, sí! ¡Muera el tirano y mueran con él todos los suyos!

SILV.—¡Silencio! (Pausa.) ¿No oís? (Se oye el aullido trágico y estridente del aire.)

OLOFF.—Es el viento...

SILV. — No, no es el viento... Son pasos que se acercan... Asómate, Tommy.

TOM.—Es el Rojo, que vuelve...

SILV.—¿Solo?

TOM.—Está obscura la noche como la boca del Infierno. No se ve nada... Llueve, además, que es un espanto. (Entra el Rojo empapado en agua.) ¿Viste a alguien?

ROJO.—(Torvo.) A nadie: no hay un alma en el puente.

TOM.—¿Por qué viniste entonces, perro?

ROJO.—Porque ronda la policía y no quiero volver allá abajo...

TOM.—Eres un cobarde. En mi casa no quiero mujeres...

ROJO. — (Con un mugido sordo.) Soy tan hombre como usted... Más hombre que usted..: Allá abajo lo saben... Y si quiere usted saberlo, vuelva a llamarme mujer y se acuerda del Rojo... (Se oyen unos golpes en la puerta de la taberna.)

TOM.—¡Llaman!

SILV.—¡Será él!

TOM.—Abre, Rojo. (Abre el Rojo y aparece en el umbral Alberto de Kinstenders, embozado en una capa y cubierto con un chambergo que le cubre hasta los ojos.)

ALB.—¿Es esta la taberna del Cisne Rojo?

ROJO.—Esta es.

ALB.—¿Se llama Tommy el dueño?

TOM.—Presente. ¿Viene usted solo?

ALB. — Solo. (Sentándose a la mesa inmediata a la reja.) Una copa de Whiskey.

TOM.—Sirve, Rojo. ¿Quiere saber algo el señor que pueda yo indicarle?

ALB.—¿Conoces a Patrik, el pescador del Támesis?...

TOM. — Le conocía... Esta noche le han asesinado... Era un buen parroquiano.

ALB —Era bueno, es verdad. (Suspirando.)

TOM.—¿Regresará esta noche a Londres el señor?

ALB.—Dentro de una hora.

TOM. — ¡Como estos barrios tienen tan mala fama!... Arriba tenemos dos habitaciones para alquilar... Con la noche que hace es muy fácil resbalar e irse al Támesis de cabeza. ¿No tiene miedo el señor a la niebla del río?

ALB.—No tengo miedo a nada.

TOM. — (Al Rojo, que se acerca.) Sirve, Rojo.

(El Rojo sirve a Alberto, y mientras Tommy va hacia la mesa de Silvestre, escribe con tiza unas palabras en la mesa de Alberto, llamando a éste la atención para que las lea.)

ALB.—(Leyendo.) «Estás rodeado de enemigos. No vuelvas la espalda a la reja.»

SILV.—Es él. Es necesario que salgáis. Cuando os necesite, el Rojo irá a buscaros. Tú, Tommy, a tu reja. Ya sabes tu obligación. Vosotros esperadme ahí al lado, bajo el arco del puente.

TOM.—¿Y el Rojo?

SILV.—Que suba a su cuarto. Ya le llamaré cuando me haga falta.

TOM.—Está bien. (Los compañeros de Silvestre se levantan y van a hacer mutis. En este momento llaman a la puerta. Todos quedan sobrecogidos.)

TOM.—¿Quién va?

UNA VOZ.—¡Abrid!...

TOM.—Abre, Rojo. (En voz baja a Silvestre.) ¡Es la Policía!

SILV.—¡Ira de Dios! ¡Sentaos, muchachos!

(Entran dos policemans con los capotes chorreando agua. Se sientan en la mesa de la izquierda segundo término.)

POLI. 1.°—¡Maldita noche! A ver, Tommy, ¿quién tienes en tu casa?

TOM.—Gente buena toda.

POLI. 2.°—Buena será como tu antro.

POLI. 1.°—El Támesis arrastra muchos cadáveres que llevan en la garganta una huella roja. Y dice la gente que esa corbata se fabrica en tu taberna.

TOM.—¡Maldad! ¡Falsedad todo! Yo soy un comerciante honrado.

POLI. 2.°—Ten cuidado, Tommy.

POLI. 1.°—(Bruscamente a Silvestre.) A ver tus papeles.

SILV.—Aquí están.

POLI. 1.°—(Después de examinarlos.) A ver los vuestros.

ALB.—Todos están corrientes. (Enseñan todos sus documentos respectivos.)

TOM.—(Bajo a Alberto.) ¿Tiene el señor los papeles en regla?

ALB.—Sí.

TOM.—Lo decía para facilitárselos si no los tenía. Aquí se facilitan pasaportes para toda clase de viajes.

ALB.—¿Quiéres ganarte una libra, Tommy?

TOM.—¿Qué hay que hacer?

ALB.—¿Quiénes son esos hombres?

TOM.—Una buena gente, señor... Lobos de río que son más pacíficos que los lobos de mar.

ALB.—Estás vendido a ellos, ¿verdad?

TOM.—Pagan bien, señor...

ALB.—Díme el nombre del Jefe y te doy cinco libras.

TOM.—No se moleste el señor. Yo soy un honrado comerciante.

ALB.—(Intentando lanzarse a él.) ¡Miserable!

POLI. 1.º—¡Ah! ¿Qué es eso? ¿Quién es este hombre?

ALB.—Ahí van mis documentos. Soy Walter Claring, ordenanza de «Tswining Club».

POLI. 1.º—¿Llevas armas?

ALB.—Una pistola.

POLI. 1.º—Dánosla.

ALB.—(Después de titubear un momento.) Ahí va...

POLI. 2.º—(Encarándose con el Rojo.) Y tú, ¿quién eres?

ROJO.—(Huraño.) El Rojo.

POLI. 2.º—Tus papeles.

ROJO.—No los tengo.

POLI. 2.º—¿De dónde has venido?

ROJO.—Estoy aquí de criado...

POLI. 1.º—(A Tommy.) ¿Quién te ha respondido por él?

TOM.—Nadie.

POLI. 1.º—¿Cómo te llamas?

ROJO.—¡Ya he dicho que el Rojo!

POLI. 1.º—Está bien... Echa delante de nosotros...

ROJO.—¿Por qué?

POLI. 1.º—No te importa; echa delante. (Al otro Policía.) Espósale. (El Policía 2.º le ata las muñecas.)

ROJO.—¡Rayo del cielo! (Rechinando los dientes.) ¡Si me valiera!... Otra vez allá bajo... ¡Y luego dicen que si mata uno!... ¡Rayo de Dios!...

POLI. 1.º—Andando... en silencio y de prisa...; al menor gesto te meto una bala en los sesos.

POLI. 2.º—(A Tommy.) Y tú, escarmienta en cabeza ajena... Ten cuidado no vaya a hablar un día alguno de los estrangulados del Támesis.

(Hacen mutis precedidos del Rojo, que sale mascullando maldiciones.)

SILV.—(Bajo, a los suyos.) ¡Malditos hombres! Creí que no se acababan de ir nunca... Salid vosotros y esperadme donde os he dicho. Ahora Tommy cerrará la taberna. Si ese hombre intenta salir, tendrá que pasar por delante de vosotros... Ya sabéis lo demás. El puñal en el corazón y luego al río. Si se queda aquí, Tommy y yo nos encargaremos de él... Si ocurriera algo os man-

laria a Tommy. Andad, muchachos, cuanto antes. (Los falsos marineros van haciendo mutis.)

ALB.—(A Tommy.) ¿Vas a cerrar la taberna?

TOM.—Si usted no manda otra cosa...

ALB.—Quisiera quedarme un rato todavía... Estoy aquí muy bien.

TOM.—El señor está en su casa. Cuando quiera salir, no tiene más que levantar esta barra... (Indicando la que sujeta la puerta de la taberna por dentro y cerrando el candado que la sujeta.)

ALB.—Y ese marinero, ¿no sale? (Por Silvestre.)

TOM.—Nunca. Vive en la taberna.

(Pausa. Silvestre no deja de mirar torvamente a Alberto.)

ALB.—(Sacando una moneda y entregándola a Tommy.) Toma, mi gasto. Guarda la vuelta para ti y para el Rojo...

TOM.—¡El Rojo! ¡Cuándo volverá!... No le dará el sol en mucho tiempo...

ALB.—¡Quién sabe!

TOM.—Si el señor no dispone otra cosa, voy a acostarme... (Descuelga el farol del centro y cuelga en su lugar un candilejo que deja la escena casi a obscuras.) ¡Buenas noches! (Hace mutis por la puerta que está detrás del mostrador. Hay una pausa. Alberto se despoja de su capa y de su sombrero y avanza hacia Silvestre.)

ALB.—Silvestre Kelowich, ¡buenas noches!...

SILV.—¡Qué dice usted, señor!... Yo soy Thomson Smith, gabarrero del Támesis...

ALB.—No finjas. Bajo tu burdo traje de marinero sé que se esconde el venenoso corazón de la raza de los Kelowich... ¡Levántate!... Estoy solo. He venido a tu propio antro a buscarte. No tengo armas... Sacia tu vaho mortal antes de que salte a tu cuello y con mis mismas manos extinga tu vida de rencor y de infamia...

SILV.—Pero ¿qué está usted diciendo de odio y de veneno? El señor se confunde. Yo soy Thomson. Toda la ribera del Támesis me conoce.

ALB.—Nadie te conoce. Sólo yo te conozco. Ni tus propios cómplices saben el abismo de maldad que se abre en tu alma. Tú explotas su odio, el odio instintivo de esa pobre gente que ni siquiera sabe por qué odia, y a costa de ese odio vives y medras y te enriqueces...

SILV.—¿Qué está usted diciendo, señor? Yo no sé quién es usted.

ALB.—Yo sí sé quién eres tú. El fantasma de Villa-Médicis... El espectro de Florencia y de Nápoles. La sombra maléfica que me persigue, sembrando de sangre y lágrimas mi camino... El espíritu infernal que se desliza en mi misma casa, llegando hasta mi propio lecho... Eres tú Silvestre Kelowich... Te conozco de sobra. Eres el odio feroz e implacable. Te cruzaste en mi camino en nombre de no sé qué siniestras represalias, y me arrebataste lo único que tenía en el mundo. Jamás vi tu rostro, jamás supe quién eras hasta que Patrik, mi pobre siervo, me descubrió tu nombre y tu raza. Sabía que esta

ALB.—(Estrechando las manos a Stewesson.) ¡Le debo a usted la vida!

STE.—No vale la pena. Cumplí una vez más con mi deber. Le debe usted la vida a un cortinón indiscreto, tras el cual tuvo la oportunidad de ocultarse un policía más indiscreto que el cortinón. Pero permítame que me asombre de su valor, señor Duque. Venir a buscar una fiera en su propia guarida, más que valor, es temeridad.

ALB.—Necesitaba conocerle, necesitaba saber quién era esa sombra que me perseguía por todos los ámbitos de la Tierra.

STE.—¿Y lo sabe usted ya?

ALB.—Ya lo sé, es el odio del pasado, que no conseguí borrar huyendo de mi patria y abdicando de honras y grandezas...

STE.—¡Huyendo! ¡Abdicando!...

ALB.—Soy el Gran Duque Alberto de Friburgo, ex Regente de Rusia... (Stewesson se pone en pie.) Durante la regencia tuve que castigar con mano dura a una secta espantable que predicaba la destrucción y la anarquía. Algunos sucumbieron porque debían sucumbir... Entre ellos tuve que decretar la muerte del padre de Margarita...

STE.—¡Su sobrina!

ALB.—No es mi sobrina... El odio de esa gente me ha perseguido implacable y tenaz... Me robaron a mi esposa a los dos meses de mi matrimonio, y la han asesinado. La desgraciada que apareció sobre mi lecho era la Duquesa Olga... Tenía usted razón, doctor Stewesson. (Esconde la cara entre las manos.)

STE.—Cálmese, señor Duque.

ALB.—Temiendo la venganza ciega de esa gente, renuncié mi cargo y dejé mi patria. Pero antes, queriendo reparar en lo posible la tragedia que la ley había escrito en la vida de Margarita, recogí a la pobre huérfana, que estaba sola en el mundo, y la hice creer que era su único pariente. Insensiblemente me fuí aficionando a su dulce compañía, a su delicada ternura... Eramos los dos solos en la Tierra... Temblando ante la idea de que pudiera descubrir un día en el hombre a quien ama al asesino de su padre, he viajado con ella por toda Europa, buscando un lugar lo suficientemente escondido para que no pudiera llegar el fantasma del pasado a turbar nuestra felicidad... ¡Pero todo, todo ha sido inútil! Esas fieras odiosas han olfateado nuestro rastro y nos persiguen sin descanso y sin tregua. Por eso he venido a buscarlos aquí esta noche, ¡a acabar de una vez! ¡A morir!

STE.—Conozco esas terribles sectas, señor Duque, y sé hasta dónde extreman su ferocidad. Pero, por ahora, no hay nada que temer. Tenemos al jefe entre nuestras manos, y no se escapará tan fácilmente. Lo que hay que procurar, a toda costa, es que Margarita no sepa nunca su espantoso secreto.

ALB.—Preferiría mil veces morir.

STE.—Volvamos a Londres. Los cómplices de Silvestre Kelowich, a quienes teníamos copados bajo el puente, lograron escapar. Esa gente en libertad es temible.

ALB.—Vamos allá. Ardo en deseos de ver a Margarita...

(Se oyen golpes en la puerta.)

STE.—Adentro.

(Entra uno de los policías disfrazados de marinero.)

STE.—¿Qué hay, Petersson?

POLI. 1.º—¡Que ese maldito se ha escapado!

STE.—¡Maldición!

ALB.—Libre otra vez...

POLI. 1.º—Al pasar por el puente hizo un esfuerzo supremo, se desprendió de nuestros puños y se arrojó de cabeza al río...

ALB.—Libre otra vez...

STE.—¡Volando! A recorrer todas las márgenes del río sin que se os quede una barcaza por escudriñar. Nosotros, a Londres.

(Se abre la puerta y aparece Antonio Hamilton, todo demudado. Medio deshecho.)

ANTO.—¡Señor!

ALB.—¡Antonio!

ANTO.—Vengo de la Comisaría de buscar al Doctor Steweson... Allí me dijeron que estaba aquí, y en el propio auto del señor...

STE.—¿Qué pasa?

ALB.—Acaba.

STE.—¿La señorita?...

ANTO.—(Cayendo anonadado.) ¡Ha desaparecido! *(Telón rápido.)*

ACTO CUARTO

Un subterráneo de piedra. Al foro, puertecilla secreta que gira sobre sí misma. Una puerta a la izquierda primer término y dos a la derecha. Al levantarse el telón está la escena sola. A poco, por la puertecilla de la izquierda, van apareciendo, uno a uno, Alejo, Petronoff y ocho de sus camaradas, cubiertos con un capuchón negro. Los dos últimos traen desmayada a Margarita de Kinstenders.

ALE.—(Señalando el banco de piedra.) Dejadla ahí. (Margarita, toda vestida de blanco, queda artísticamente tendida sobre el banco. Debe llevar el cabello suelto.) ¿Cerrasteis la puerta del retrato?

OLOFF.—Sí.

ALE.—¿No encontrasteis el guante del Cardenal?

OLOFF.—No.

BORIS.—Debió perderle el Jefe en otra parte.

ALE.—¡Silencio! (Pausa, durante la cual se queda mirando a Margarita.) ¡Bella es de verdad la hija del Jefe!

SILOFF.—¡Parece un ángel!...

BORIS.—Un ángel muerto...

ALE.—Es menester volverla a la vida... (Se aproxima a Margarita y la da a oler un frasco que saca de entre su túnica. Margarita se estremece y en seguida abre los ojos. Aterrada ante el siniestro grupo que la rodea, los vuelve a cerrar. Hay una pausa. Margarita se va irguiendo lentamente. A medida que ella se va alzando, los conspiradores, que forman un semicírculo a su alrededor, van inclinándose hasta caer de rodillas... Sobre sus cabezas se destaca la figura blanca de Margarita como una hermosa estatua de mármol.)

MARG.—¿Quiénes sois? ¿Qué extraña pesadilla es esta?

ALE.—¡Señora!...

MARG.—¿Quién eres tú? ¿Quién sois todos vosotros, fantasmas terroríficos que me cercáis en esta cripta que parece una tumba?

ALE.—(Levantándose. Todos los conjurados se alzan también.) Somos tus amigos, tus hermanos, tus servidores... Eres la hija del Jefe.

MARG.—(Sin comprender.) ¡La hija del Jefe!...

ALE.—La hija de nuestro apóstol. De aquel hombre mártir que nos predicó la cruzada conta Alberto de Kinstenders...

MARG.—¡Oh!... ¡Alberto!... ¡Mi Alberto!... ¿Dónde está Alberto? ¡Decídmelo, si es que hay en vuestro corazón una sola fibra capaz de sentir la caridad, capaz de conmoverse ante el dolor ajeno! ¿Dónde está mi Alberto?

SILV.—¡Alberto de Kinstenders ha muerto! (Margarita lanza un grito desgarrador. Todos se vuelven, y detrás del círculo, sin que nadie le haya visto entrar, aparece, como por arte de encantamiento, Silvestre Kelowich. A los conspiradores.) ¡Retiraos! (Por una de las puertas de la derecha salen los conjurados. Se quedan solos en escena Margarita y Silvestre.) Descansa, mujer. ¡Ha llegado la hora de que sufras los mayores dolores de tu vida!

MARG.—¿Y Alberto? ¿Qué hiciste de él, sombra maldita?

SILV.—La sentencia de la Hermandad gravita sobre su cabeza. La justicia de Dios le aguarda.

MARG.—¿Quién eres tú, que así profanas el nombre de Dios bajándole a tus labios manchados por el crimen?...

SILV.—¡Desdichada mujer! Escucha. En esta misma cripta, de la que no saldrás nunca si no juras obedecernos, no hace cinco años, resonaba la voz sabia y augusta de tu padre, nuestro Jefe. El Jefe de la Santa Hermandad...

MARG.—¿Qué dices?... ¿Por qué hablas de mi padre? ¿Con qué derecho insultas su memonia?...

SILV.—Tu padre, Miguel Oblazky, fué nuestro Jefe.

MARG.—¡Mentira!

SILV.—Tu padre fué el Jefe de esta Hermandad, constituída por todas las víctimas del regente de Rusia. El mismo sucumbió bajo el despotismo y la tiranía del feroz Duque Alberto.

MARG.—Mi padre murió peleando en las barricadas a favor de los débiles, en una de las revoluciones de nuestra capital.

SILV.—Tu padre murió en una mazmorra, asesinado por tu amante...

MARG.—¿Qué dices, miserable?

SILV.—Asesinado por tu amante, por Alberto de Kinstenders, ex Regente de Rusia...

MARG.—¡Oh! ¡Qué dices, malvado! ¡Qué atroz mentira inventa tu corazón para martirizarme y enloquecerme! (Zarandeándole.) Confiesa que no es verdad lo que has dicho, dí que Alberto, mi Alberto, es incapaz de todo mal. ¡Dilo! ¡Dilo!

SILV.—¡Desdichada mujer! ¡Alberto es el asesino de tu padre!

MARG.—(Tapándose la cara con las manos.) ¡Oh, qué horror! (Pausa.) ¡Pero no! ¡Eso es mentira, eso es una villanía!... Alberto es mi único amigo. Alberto es el más bueno y el más noble de los hombres. ¡Mi único pariente! ¡Mi único amor!

SILV.—Alberto de Kinstenders no es pariente tuyo. Alberto de Kinstenders no es más que el verdugo de tu raza...

MARG.—¡Oh, calla! ¡Calla! No sé qué veneno va euvuelto en tus palabras que me abrasa el corazón y enloquece el cerebro... ¡Calla! No sabes todo lo que estás derrumbando con tus palabras...

SILV.—(Sacando un sobre y de éste un pliego que hace leer a Margarita.) ¡Lee, heredera de Oblazky. Esta es la herencia de tu padre.

MARG.—(Leyendo.) «Así Dios te maldiga como yo te maldigo, si no aceptas la herencia de odio que te lego. Muero en un castillo asesinado por el despotismo y por la crueldad... He querido librar a mi patria de tiranos, y los tiranos me han vencido. Muero tranquilo, confiado en que tú sabrás vengarme. En que no serán estériles los sacrificios de tantos mártires... Miguel Oblazky.» (Queda aterrada. Se le cae el pliego de las manos, Silvestre lo recoge y lo guarda.) ¡La secta del odio! (Cae sollozando en el banco ocultándose la cara entre las manos.)

SILV.—Es necesario odiar, destruir, extirpar de la sociedad la planta de la tiranía... Es preciso que la sangre, corriendo a raudales, purifique los pueblos... ¡Alberto de Kinstenders, morirá!

MARG.—(Saltando como una leona.) ¡Alberto, no! .. ¡Alberto, no!... (Transición suprema; con voz mojada en lágrimas.) ¡Alberto, sí!... ¡Debe morir!... ¡Es mi herencia de odio!

SILV.—¡Piensa en tus hermananos, lejos de tu patria, sin hogar y sin amores; piensa en tu pobre padre, muriendo por redimirnos, como un nuevo Mesias; piensa en ti misma, engañada por el tirano!...

MARG.—¡Engañada, no!

SILV.—Te odia.

MARG.—¡Me ama!

SILV.—¡Mentira su amor!

MARG.—¡Verdad suprema! Ese amor es más verdad que el odio de tu secta...

SILV.—No saldrás más de aquí. Somos tus hermanos. Formamos todos una dolorosa familia unida por el mismo dolor y la misma ambición. Vivimos para vengarnos del Duque Alberto. ¿Le odiarás tú también, Margarita Oblazky?

MARG.—¡Odiarle!

SILV.—¿Desobedecerás la voluntad de tu padre?

MARG.—Mi madre me enseñó a amar; en el convento me enseñaron a amar también. Alberto ha sido mi amor único... Nadie me enseñó a odiar... No sé odiar. Pero sabré morir...

SILV.—¡Morirás!... ¡Tú tienes la sangre de los esclavos! ¡Te entregaste al traidor y profanaste tu corazón! ¡La muerte te purificará! ¡Morirás maldita por tu padre y por la secta!

MARG.—(Retrocediendo aterrada.) ¡Oh!...

SILV.—¡Sólo volverás a verme cuando llegue tu hora!... ¡Esta cripta será tu tumba!... ¡Ni el cielo puedes ver desde aquí! ¡Los traidores como tú mueren sin ver a Dios!... (Hace mutis por la puertecilla secreta del foro.)

MARG.—¿Por dónde huyo? ¿Qué misterio tienen estas piedras horribles? (Cae de rodillas al lado del banco y apoya sobre éste la cabeza, después de permanecer unos momentos como en oración.) ¡Dios de mi patria!... ¡Dios de mi madre!... ¡Sálvame de este odio que me envuelve y me ahoga!

(Hay una pausa. Aparece Alejo y Boris por la derecha, trayendo un manojo de cuerdas en la mano.)

ALB.—¡Margarita Oblazky! Nos manda el Jefe a preguntarte por segunda y última vez, si estás decidida a sumarte a nuestra venganza, ¿Qué le decimos? ¡No contestas?

BORIS.—El Jefe ha dispuesto que seas tú misma quien realice la sentencia de la Hermandad.

ALB.—Si vive a estas horas el Duque Alberto, es preciso que muera a tus manos. ¿Obedecerás?

MARG.—El alma de mi padre y la vuestra, si la tenéis, me mandan matar,

aborrecer; pero mi alma se niega a obedeceros.. Dadme la muerte, que será paz y olvido.

ALB.—Y maldición sobre tu estirpe... Cúmplase lo que el Jefe ordenó.

BORIS.—(Cogiéndola bruscamente de un brazo.) Levanta, Margarita Oblazky.

ALB.—Dentro de una hora le habrás dado cuenta a tu padre de tu traición.., ¡Pobre mártir!... Los hijos de los leones suelen convertirse en corderos...

BORIS.—Ven acá... El Jefe ha mandado que te atemos. (Le atan los brazos a la espalda.)

ALB.—Y en cuanto suba la marea, el agua se encargará de sacarte de penas...

BORIS.—(Mirándole despreciativamente.) ¡La cachorra del león!, ¡Qué vergüenza!...

ALB.—¡Si hubiera visto asesinar a su padre como yo!

MARG.—¡¡Calla!!

ALB.—Ahí te quedas. Dentro de un instante, el río que corre sobre tu cabeza se precipitará en esta cripta. Puedes encomendar tu alma, si es que los traidores tienen fe en la otra vida. (Hacen mutis por la puerta izquierda.)

MARG.—(Atada.) ¡Padre! Si en esa vida eterna no se extingue el odio; si sobreviven en la tumba nuestras pasiones y nuestros ideales, lléname de odio el corazón... Que odie lo que amo, que aborrezca a quien quiero... (Pausa.) ¡Padre! Quiero evocar tu rostro desvanecido en la niebla de los años, quiero evocar tus ojos y tu alma para ver si me mandas odiar... ¡Padre!... (Pausa.) Siento en el alma un soplo de fuego que me transfigura, que prende en mis nervios no sé qué salvaje energía... ¡El odio! El mal que se extiende por mis venas y va llenando mi corazón... Deben mis ojos relucir como ascuas, como los ojos del retrato maldito...

(En este momento se abre la puertecilla de la izquierda y aparece el Doctor Stewesson, seguido por Alberto de Kinstenders.)

STE.—Por aquí, señor Duque, por aquí... Y silencio, por Dios, que peligra nuestra vida...

ALB.—¿Dónde estamos?

STE.—En la guarida de esas fieras. El guante rojo ha sido el hilo de Ariana, que nos ha conducido hasta este subterráneo.

ALB.—¿Y Margarita? ¿Dónde está Margarita?

MARG.—(Viéndole.) ¡Dios mío!

ALB.—(Reparando en Margarita.) ¡Eh! ¡Ella! ¡Margarita!

MARG.—(Radiante de amor.) ¡Alberto! (Alberto y Stewesson desatan a Margarita, la cual queda medio desvanecida en los brazos de Alberto.)

STE.—¡Silencio! Si nos oyen estamos perdidos. Mi Policía rodea el edificio, pero estos malvados, al verse descubiertos, morirán matando.

ALB.—¿Y qué importa?

STE.—Es que la muerte que nos espera es espantosa. El descubrir anoche su guarida, les oí hablar de sus medios de defensa.

ALB.—(Sin atender a Stewesson y extasiado ante Margarita.) ¡Margarita!

MARG.—¡Alberto! (Haciendo una transición violenta.) ¡Alberto, huye! Vete de mi lado para siempre... Dios o la fatalidad han abierto un abismo entre nuestras almas.

ALB.—¿Qué dices, Margarita...? (Dándose cuenta de la magnitud de su desgracia.) ¡Oh! ¡Hablaste ya con esas fieras...! (Arrojándose sollozando en el banco de piedra.) ¡Ya no hay salvación para nosotros!

STE.—¡Silencio, desdichado...! (Pausa. Margarita parece petrificada por el dolor. Alberto llora como un niño.) ¡Señorita, no crea usted en los que siembran odio! El odio es planta espinosa y mortífera, que todo lo afea y entenebrece. Crea usted en la vida, en el triunfo, en la felicidad, en todo lo que se

cree y se sueña cuando el amor florece sobre los corazones... Quedan ustedes solos. Yo velo por ustedes. (Hace mutis por la derecha, primer término. Quedan en escena Margarita y Alberto. Después de una ligera pausa, Margarita se dirige hacia Alberto y comienza a hablarle dulcemente.)

MARG.—¡Alberto! ¿Es verdad?

ALB.—¡Es verdad!

MARG.—¿Fuiste tú?

ALB.—Fué la fatalidad. La ley, que no tiene entrañas. El deber inflexible que mata con los ojos vendados.

MARG.—¡Era mi padre!

ALB.—Era un enemigo de la patria. ¡Debía morir para que otros se salvasen!

MARG.—¿Y fuiste tú quien le sentenció?

ALB.—¡Yo!

MARG.—¡Tienes razón! No hay salvación para nuestras almas. (Pausa.) ¿Por qué me buscaste, Alberto? ¿Por qué no me dejaste morir entre los muros de aquel convento?

ALB.—Porque quise rescatarte del mal. Porque quise redimirte para el amor.

MARG.—¿Por qué me engañaste? ¿Por qué no me dijiste la verdad?

ALB.—Me dió pena de tu abandono. Quise ampararte. Quise romper con la vida pasada para edificar una nueva vida para los dos. Escúchame, Margarita: tú no sabes odiar, y si llegas a odiarme, sabrás razonar tu odio, como sabes ahora razonar el amor... Yo no maté a tu padre. Lo mató su propio rencor. Hay seres sin luz en el cerebro, ni en el alma, que aspiran a destruirlo todo, a derrumbarlo todo, lo mismo lo malo que debe perecer, que lo bueno que merece subsistir; seres que no trabajan para perfeccionar lo existente, sino para aniquilarlo; que no luchan por el bien de todos, sino por su propio bien; seres pequeños y egoístas que asesinan, que incendian, que destruyen, como si sobre las cenizas, la sangre y las lágrimas pudiesen alzar un templo a la libertad y a la justicia. La casualidad me hizo nacer en un trono. Debía velar por los hogares de mis súbditos, y los defendí con mi propia vida. Mis enemigos supieron herirme en pleno corazón... La ley inexorable castigó a los culpables. Y yo, transido de dolor, perseguido por el odio, no resarcido con el esplendor de la corte, del inmenso vacío de mi alma, viéndome impotente para dominar el odio de los de abajo y sujetar la cólera de los de arriba, dejé mi cargo, mis honores y mis grandezas, llevándote conmigo, Margarita, llevándote a ti, que comenzabas a florecer entre el odio, y que hubieras sido también una planta espinosa y maldita si yo no te hubiera hecho florecer en la paz de mi vida... Ya lo sabes. Ahora ódiame si quieres... Mátame si tu corazón te pide venganza.

MARG.—¡Matarte yo!...

ALB.—¡Qué me imprta la vida si no hay salvación para nuestras almas!...

MARG. — ¡Yo quiero amarte, Alberto! ¡Yo te amo con toda mi alma!... ¡Pero el fantasma de mi padre clama venganza!

ALB.—¡Venganza, sí! Pero no contra mí, sino contra ellos, contra sus compañeros que le empujaron al crimen, contra la hermandad de ruines que quieren matar a sus hermanos...

MARG.—¡Alberto!

ALB. — ¡Sálvate, Margarita! ¡Sálvate del odio con que quieren envenenar tu alma, con que quieren ennegrecer tu vida!...

MARG. — ¡Sálvame tú, Alberto! ¡Quiero olvidar lo pasado! ¡Quiero nacer de nuevo!...

ALB.—En otra vida donde todo sea paz y amor; donde la tierra florezca en rosas blancas y puras. Ven, vámonos de aquí, huyamos hacia la nueva vida.

(En este momento, por la puertecilla secreta del foro aparece Silvestre Kelowich, los mira siniestramente, y al cabo avanza hacia ellos.)

MARG.—¡Nacer de nuevo, olvidar lo pasado, y amar siempre...!

(Silvestre se les pone delante.)

SILV.—¡Bello programa!

MARG.—(Retrocediendo.) ¡La realidad del odio!

ALB.—(Queriendo arrojarse sobre él.) ¡Miserable!

SILV.—(Sacando un revólver y apuntándole.) ¡Quieto! ¡Descubristeis el corredor secreto! ¡El Guanto Rojo me ha vendido! Pero es lo mismo. Ya estamos aquí todos... ¡Esta vez no escaparás, Príncipe Alberto! En los subterráneos de la Hermandad no hay falsos marineros del Támesis. (Llamando.) ¡Boris! ¡Alejo! (Por la puerta de la izquierda aparecen Boris y Alejo.) ¡Apoderaos de ellos y llevadlos a la cisterna! ¡Por la puerta secreta! ¡Yo haré jugar el resorte de la misma, y dentro de diez minutos no quedará de este subterráneo piedra sobre piedra!

(Alejo sujeta a Margarita; Boris y Silvestre a Alberto, que forcejea desesperadamente.)

ALB.—¡Malditos! ¡Miserables!

SILV.—¡Ya estamos en paz, Príncipe Alberto!... ¡Esta vez nadie te arrancará del poder de la secta!..,

(En este momento gira la puerta secreta del foro, apareciendo el Doctor Stewesson.)

STE.—¿Estás seguro, Silvestre Kelowich?...

SILV.—¡Maldición! (Trata de lanzarse sobre él.)

STE.—¡No os molestéis! ¡Todas las salidas están tomadas por la Policía! ¡Todos vuestros cómplices están en mi poder!

SIV.—¡Ah, traidor! ¡Pero tú estás en el mío!

STE.—No te canses, Kelowich. Esa pistola no dispara, tiene el gatillo roto.

(Silvestre, inconscientemente, deja de apuntar a Stewesson, para mirar el gatillo. Rápido como el rayo, Stewesson se lanza sobre él y le desarma.)

SILV.—¡Ah, bribón! ¡Me engañaste! ¡Pero no te valdrá! (A Boris y Alejo.) ¡Volando! ¡A la mina! ¡Pereceremos todos! (Se lanza sobre el banco de piedra y levanta uno de los brazos como si fuera una palanca. Boris y Alejo, que desde el comienzo de la escena se habrán quedado inmediatos a la puerta de la derecha, hacen mutis por ella.) ¡Húndase la Tierra, y perezca el género humano!...

(Se oye una detonación espantosa. Las columnas de piedra comienzan a moverse.)

STE.—¡Pronto! ¡Al corredor!

ALB.—¿Y usted?

STE.—¡No se cuiden de mí!

MARG.—¿Y a dónde vamos?

STE.—¡A dónde han de ir! ¡Hacia una vida nueva, sin negruras ni odios!... ¡Hacia la paz, y hacia el amor!

(Margarita y Alberto hacen mutis. En el corredor permanece Stewesson de pie. Silvestre quiere huir por allí. Stewesson, con el revólver en la mano, le impide el paso. Se oyen otras detonaciones formidables.)

¡Tú no! ¡Tú aquí con tu odio! ¡Los reptiles se aplastan! ¡El odio sucumbe! ¡El amor, como tiene alas, vuela hacia arriba!

(Se oye una detonación horrible. Las columnas se vienen abajo, las paredes se derrumban, cogiendo debajo a Silvestre. Del techo caen cascotes y escombros a montones. Toda la decoración parece presa de las llamas. Tras las paredes del fondo, destruídas por el hundimiento, aparece el Támesis iluminado por la Luna.)

Imprenta Moderna.—Doctor Fourquet, 23.—Teléfono M. 14-51

De Jorge y José de la Cueva

Aquí hase farta un hombre (un acto).

De Muñoz Seca y Pérez Fernández

La nicotina (un acto).—Coba fina (un acto).—¡Por peteneras! (un acto).

De D. Tomás Luceño

¿Cuántas, cuántas, calentitas? (un acto) (1).—¡Viva el difunto! (un acto) (1).

De Muñoz Seca y Sebastián Alonso

El contrabando (un acto).—De balcón a balcón (un acto).

(1) Estudio crítico de D. Jacinto Octavio Picón.

De Linares Rivas

El señor Sócrates (un acto).

De Antonio Ramos Martín

La cocina (un acto).—La afición (un acto).—La gran familia (dos actos).—La real gana (un acto).

De otros autores

«El golfo de Guinea», por Paradas, Jiménez y S. Carrère.—«La tarasca del barrio», por J. Mesa Andrés.—«Los hombres que son hombres» y «El dinero y la vergüenza», por Julián Moyrón.—«El gitanillo», por M. Garrido.—«Los pelmazos», por L. Candela y E. Nieto.—«Don Juanito y su escudero», por Calonge y Reoyos.

COMEDIAS PUBLICADAS

De Linares Rivas

El abolengo (dos actos).—El ídolo (dos actos).—Aire de fuera (tres actos).

De Muñoz Seca

El roble de la Jarosa (tres actos).—Doña María Coronel (dos actos).

De Asenjo y Torres del Alamo

El brillo de los caireles (cuatro actos).—Las pecadoras (tres actos).

De Flers y Caillavet

Corazonadas (un acto).

De Alfredo Testoni

La aventura del coche (tres actos) (1).

(1) Traducción de Lepina y Tedeschi.

De Sabatino López

Una buena muchacha (tres actos) (1).

De Antonio Palomero

El amigo Teddy (tres actos).

De Pérez Galdós

Celia en los Infiernos (tres actos).

De Paúl Gavault

Mi tía Ramona (tres actos) (2).

De otros autores

«Lo que no muere» (dos actos), por Sebastián Alonso y Luis Manzano.—«El amor que huye» (un acto), por Julio Pardo.

(1) Traducción de Lepina y Tedeschi.
(2) Traducción de José Juan Cadenas.

ZARZUELAS PUBLICADAS

«El Tambor de Granaderos» (un acto), por Sánchez Pastor.—«El Cristo de la Vega» (tres actos), por Cantó y Solevilla.—«El puñao de rosas» (un acto), por Arniches y Asensio Mas.—«La patria chica» (un acto), por S. y J. Alvarez Quintero.—«Bohemios» (un acto), por Perrín y Palacios.—«Molinos de viento» (un acto), por L. Pascual Frutos.

Una interesantísima biblioteca se forma coleccionando los números de

La Novela Policíaca

Números publicados:

I. — La muñeca trágica.
II. — Los dos pilletes.
III. — El secreto de la biblioteca.
IV. — El suplicio de Max Vert.
V. — El guante rojo.

Próximos a publicarse:

Franz Hallers.

Fantomas.

Hugo de Montreux.

A continuación, todas las mejores y más sensacionales obras del teatro policíaco.

20 cts. — NÚMERO — 20 cts.